

## LA SANGRE NUNCA DICE LA VERDAD

Ésta es una de esas historias que no merecen ser verdad. Ustedes ya la conocen, lo sé; pero tengo que contársela de nuevo, para que no la olviden. Como recordarán en cuanto la lean, es una de esas aventuras, si es que se le puede llamar así, que comienzan cuando la palabra *todo* se cruza con la palabra *nada* y la segunda tira de la primera hacia su reino aciago. Y al llegar allí, las cosas se vuelven dañinas y oscuras.

De acuerdo, quizá *todo* es una palabra que siempre se queda corta, no hay más que ver con qué avaricia luchan por conseguir un poco más aquellos a los que no les falta nada; pero eso no debe preocuparnos, porque las palabras no son como los números, no buscan soluciones exactas, ni tienen decimales, múltiplos o potencias, sólo sirven para entendernos por aproximación y estoy completamente seguro de que ustedes me van a entender si yo les digo que, a sus nueve años, Iñigo Salvatierra lo tenía todo y era un niño feliz, tal vez porque la felicidad es lo contrario de los deseos y él jamás tuvo un deseo; o no lo tuvo el tiempo suficiente, ese tiempo que hace falta para que lo deseado se multiplique y su levadura crezca dentro de nosotros, su destello nos ciegue, es decir, que al mismo tiempo nos maraville y nos haga daño, y su supuesta perfección consiga que el resto de las cosas del mundo parezcan un simple además, un modesto etcétera.

No, Iñigo no había tenido a lo largo de su corta vida un deseo insatisfecho y, en la mayoría de las ocasiones, sus familiares habían conseguido satisfacer cualquiera de sus anhelos —déjeme llamarlos así, con esa palabra que parece estar un grado por debajo de deseo y, qué duda cabe, a mil kilómetros de necesidad— cuando probablemente ni siquiera él mismo estaba aún muy seguro de que la visita al jardín zoológico o al parque de atracciones, la comida o el juguete sobre los que había dejado caer algún comentario le importasen de veras. De hecho, gran parte de su anacarada existencia consistía en una suma de juegos apenas usados, ropa sin estrenar y manjares a medio comer que las manos silenciosas de la servidumbre, compuesta por dos criados argelinos y una cocinera marroquí, retiraban de las mesas con rapidez y sin dejar rastro. Así era su mundo: un lugar liso, sin imperfecciones; una carrera en línea recta, sin enemigos ni obstáculos. Y sin riesgos, naturalmente: no se puede perder si el único número que hay en los dados es el tuyo.

Cuando no estaba en la mansión familiar, un edificio de tres plantas con piscina, jardín y pista de tenis, situado en el corazón de la zona más cara de la ciudad, Iñigo seguía disfrutando de la misma vida rutilante que iba unida al apellido Salvatierra, que era un aval, un salvoconducto o, si lo prefieren, un halo brillante que lo seguía como la cauda de un cometa allá donde

fuese, y no había en todo su barrio, en su colegio o en las casas de sus iguales una sola persona que no lo recibiera con una sonrisa y una frase amable; que no agitara su rubia cabeza con los dedos o le ofreciese zumos, golosinas, emparedados, cualquier cosa que pudiera agrandar al encantador heredero, que por añadidura era un chico dulce, simpático y de una educación exquisita. Su mérito consistía en que después de tenerlo todo, intentaba merecérselo. Algo muy poco habitual, porque a este mundo le sobraban dos cosas, entre otras muchas: gente desafortunada y cretinos con suerte.

Cada vez que Iñigo se acercaba, por ejemplo, a la pastelería La Imperial, que estaba a unos doscientos metros de su casa, a comprar rosquillas de chocolate y cromos, la dueña, que se llamaba Carmina, le regalaba unos caramelos de fresa o un helado de chocolate y vainilla; cuando iba al quiosco que había un poco más adelante, a comprar los tebeos de la semana, el hombre que se los vendía, un anciano llamado Anselmo, le preguntaba por sus estudios y le daba recuerdos para su madre, doña María Luisa; y en el Café Milán, que estaba en la única plaza comercial de la urbanización, solían ofrecerle una Coca-Cola cuando estaba cansado de montar en bicicleta y tenía sed, no te preocupes, ya la pagará tu padre cuando se pase, no faltaría más. Y esas atenciones se repetían allá donde fuese. Desde luego, la vida de Iñigo era un lugar confortable y blindado.

¿Por qué no iba a serlo? ¿Acaso no trabajaba su padre, el cirujano Cosme Salvatierra, nueve horas diarias para poder pagar los lujos de que disponían? ¿No estudió sin descanso mañanas, tardes y noches, según le gustaba repetir, en la Facultad de Medicina y en la de Derecho, hasta doctorarse con notas sobresalientes en las dos carreras? ¿No había luchado como un jabato para llegar a dirigir el hospital público en el que entró como doctor suplente y donde aún hoy, después de tantos años, seguía manteniendo su consulta abierta, además de atender otra privada en el centro de la ciudad, de lunes a jueves y de cinco a ocho?

—Haz tu propia montaña, hijo —solía decirle—, y así nadie te podrá culpar por vivir en su cumbre.

Los hombres que se hacen a sí mismos siempre creen que los demás deberían estar hechos a su imagen y semejanza.

Una tarde, la cocinera marroquí, que se llamaba Qamar, llevó a su hijo Abdul a casa de sus patronos, pues su madre estaba enferma y no podía cuidarlo, tal y como hacía habitualmente. Qamar vivía con su familia, muy lejos de la urbanización de los Salvatierra, en un piso diminuto del extrarradio de la ciudad, que habitaban, además de su madre, su hijo y ella, su marido, Kebdani, sus hermanas Naima y Karima, sus primos Mohamed

y Wassid, la esposa de este último, Manat, y sus hijos Kamil, Mahmud, Abdelkader y Omayma.

Cada mañana, Qamar se levantaba a las cinco, se vestía sigilosamente para no perturbar el sueño de sus parientes, que dormían en cualquier parte, en tresillos, literas y colchones tirados en el suelo, y media hora más tarde, tras beber una o dos tazas de té con hierbabuena, salía a unas calles aún oscuras, caminaba dos kilómetros hasta la estación de metro más próxima, hacía tres transbordos y, finalmente, tomaba un autobús que la dejaba a la entrada de la urbanización, donde los dos criados argelinos, Yemal y Zinedine, la recogían con su furgoneta, a las siete en punto. A las ocho, cuando los señores se levantaban, Qamar ya les tenía preparada una buena cafetera humeante, dos huevos pasados por agua, tostadas con aceite de oliva y una bandeja de fruta, pelada y cortada, que don Cosme solía tomar con yogur y cereales.

Qamar nunca les había dicho nada de su vida extramuros, de sus parientes ni de su pequeño piso suburbial a don Cosme y doña María Luisa, ni ellos tampoco le habían preguntado, de forma que aquella tarde, cuando su primo Wassid llevó a su hijo a la casa, ella se sintió de inmediato nerviosa, cohibida y como a punto de ser descubierta en falta. Le dijo febrilmente a Abdul que se sentase en un rincón de la cocina y se estuviera quieto, mientras ella comenzaba con los preparativos de la cena.

Aquella tarde, sin embargo, el joven Iñigo entró en la cocina en cuanto regresó del colegio, cosa que no solía hacer a menudo, a buscar una taza de cacao, o algo por el estilo, y descubrió a Abdul. Qamar, azorada y restregándose las manos en su delantal, presentó a los niños y empezó a balbucir una disculpa.

—Mire, señorito Iñigo, es que Abdul sólo va a la escuela por la mañana; por las tardes lo cuida mi madre, pero hoy...

—Es genial —le interrumpió Iñigo—, no sabía que tuvieras un hijo. Qué nombre tan raro, Azul...

—No, no es Azul, señorito, disculpe si se lo dije mal, es Abdul; pero no se preocupe, en unos minutos, en cuanto lleguen Yemal y Zinedine, antes de que regrese el señor...

—Abdul... —volvió a cortarla Iñigo—. Oye, Abdul, ¿quieres venir al jardín a jugar conmigo? Te puedo enseñar mi cabaña. Está debajo de un sauce. Tengo un televisor a pilas y un telescopio. Ah, y también una diana.

El niño marroquí aceptó y mientras los dos salían, Qamar se tapó la boca con la palma de la mano izquierda, al tiempo que con la derecha, sintiéndose desfallecer, se apoyaba en el frigorífico. Era una de esas neveras sofisticadas que tienen un mínimo dispensario de hielo por el que salen los cubitos directamente al vaso, cuando aprietas una pequeña palanca, y la atribulada cocinera fue a apoyar uno de sus dedos justo en ese

artilugio, de forma que empezaron a salir piedras de hielo, dándole un susto terrible. Las recogió, las echó al fregadero y después de mirar aprensivamente, otra vez, hacia el jardín, se arrodilló para secar el agua con una bayeta. Por el aspecto asustadizo de sus ojos, se diría que estaba enjugando las babas de un perro del Infierno.

En la cabaña, Iñigo había descubierto que Abdul era un compañero maravilloso, que había leído infinidad de novelas de piratas y exploradores y que no paraba de contar historias sobre beduinos y marineros, fortalezas construidas al borde de un acantilado, traficantes de armas, monjes chinos especialistas en artes marciales que vivían en templos con forma de pagoda y caravanas de mercaderes que atravesaban los desiertos cargados de dátiles, sedas y marfil; e inventaba una tras otra las más increíbles aventuras para que ellos dos las protagonizaran, haciendo que cambiasen a cada momento de siglo, de personaje, de misión y de lugar en el mapa: durante las dos horas que pasaron juntos, estuvieron en la selva del Amazonas y en las junglas de la India, luchando a muerte contra cocodrilos gigantes y contra sanguinarios tigres de Bengala; derrotaron a los turcos en Bagdad; fueron apresados en Pekín y lograron escapar de una oscura mazmorra oculta en uno de los palacios de la Ciudad Prohibida; sobrevivieron durante semanas en un oasis del desierto del Sahara; cazaron elefantes y leones en Kenia y tomaron al abordaje un barco lleno de oro en el mar Caribe; también fueron capaces de huir por segunda vez de una oscura prisión, ahora en Teherán, y vencieron con sus espadas a unos asesinos a sueldo que alguien había mandado contra ellos en Argel. Al final de todo eso, en cuanto empezó a caer la noche, oyeron llegar el BMW de don Cosme y la voz tensa de Qamar, que buscaba a su hijo para volver a casa.

—Ahora —dijo Abdul, arrancando un dardo de la diana—, si tú quieres, nos haremos hermanos de sangre.

—Sí quiero —contestó Iñigo.

Abdul clavó la punta del dardo en el pulgar de su nuevo camarada y le pidió que él le hiciera lo mismo en el suyo. Después, juntaron las yemas de los dedos, mezclando su sangre.

—Nunca nos traicionaremos uno al otro—sentenció Iñigo.—Nunca jamás —dijo Abdul.

Al día siguiente, Iñigo se levantó, como cada mañana, a las ocho y media, le dio un rapidísimo beso de despedida a su padre, que salía hacia el hospital, se puso el uniforme de su colegio y desayunó una taza de cacao y un bollo recién horneado en la cocina, junto a Qamar. Luego, entró a la alcoba de doña María Luisa, le dio los buenos días y, a las nueve y cuarto, subió al viejo Mercedes Benz en el que Zinedine lo llevaba a clase.

A eso de las diez, de manera extraña, su profesora de Lengua y Literatura, que siempre era muy cariñosa y muy paciente con él, le dio una mala contestación cuando fue a preguntarle algo.

—¡Tú cállate! ¿Cómo te atreves a interrumpirme? ¿Quién te ha dicho que puedas hablar?

—Pero, señorita —intentó justificarse Iñigo, sintiendo que la cara le ardía igual que si de pronto su sangre hubiera empezado a hervir—, es que no he entendido una cosa y sólo quería que me explicara...

—Pero ¿es que no me has oído? ¡Silencio o te expulso de la clase!

El joven Salvatierra pasó el resto del día acobardado, y no sólo en las aulas, porque la inexplicable explosión de ira de la profesora parecía haberse propagado a sus compañeros, que le gastaron bromas humillantes y, cuando fue a jugar al fútbol en el patio durante el recreo, le dijeron que se fuera, que no querían juntarse con él. Iñigo se fue a los servicios, lloró amargamente y se llenó de odio y deseos de venganza contra los que le despreciaban.

A las cinco, Zinedine fue a recogerlo y, como siempre, condujo hasta el otro extremo de la urbanización y lo dejó en la puerta de la pastelería.

—Señorito, lo espero donde todas las tardes —le dijo, abriéndole la puerta del coche para que bajase—, aparcado a la entrada del Café Milán.

Iñigo corrió hacia la pastelería. Si hubo una tarde en que necesitara un dulce más que nunca, era ésa. De hecho, planeaba comprar un montón de golosinas para llevarlas al día siguiente al colegio y dar-se el gusto de no compartirlas con los que le habían marginado aquella mañana.

—¡Hola, Carmina! —dijo, tan cortés como siempre—, ¡buenas tardes!

La dueña de la pastelería lo miró de arriba abajo, con cierto disgusto.

—¿Qué quieres?

Iñigo tragó saliva.

—Bueno, yo... Una palmera de chocolate... Y también...

—Uno con noventa —le cortó la mujer, sin contemplaciones—. ¿Algo más?

El niño buscó en su cartera una moneda de dos euros. La mujer la miró detenidamente antes de abrir la caja registradora, lo mismo que si pensara que podía ser falsa. Luego, puso los diez céntimos de la vuelta sobre el mostrador y, sin añadir una palabra ni volver a mirarlo, siguió leyendo la revista que tenía entre las manos.

Iñigo fue entonces hacia el quiosco y se puso a hojear unos tebeos sin ninguna prisa, mientras don Anselmo atendía con cierto servilismo a otro cliente que trataba de decidirse entre dos o tres revistas del corazón y dejar muy claro que no eran para él, sino un encargo de su esposa. Pero en cuanto ese hombre pagó y se fue, don Anselmo se volvió hacia el niño con un destello de cólera en la mirada y le dijo destempladamente:

—¿Vas a comprar esos tebeos o no? Si no los vas a comprar, no los toques. ¡Seguro que tus manos están sucias! ¿Tienes dinero?

—Don Anselmo, yo creía...

—¿Que eran gratis? ¿Eso es lo que pensabas?

¡Fuera de aquí o llamo a un policía!

El niño llegó al Café Milán con los ojos llenos de lágrimas, y se puso a llorar inconsolablemente en el hombro de Zinedine, pero los camareros que siempre salían a ofrecerle una Coca-Cola, esta vez sólo se acercaron para decirle al chófer que se largara, que ahí estaba prohibido estacionar, ¿es que no veía las señales?

—¿Y tú qué miras? —le gritó uno de los empleados a Iñigo, con una mueca de infinito desdén cicatrizada en su boca y moviendo los brazos igual que si tratara de ahuyentar a unos animales. Las venas de su cuello estaban hinchadas y los músculos se tensaban en su mandíbula y en sus brazos. De repente era como si tras su piel se pudiera adivinar el bulto de un lobo a punto de atacar.

Iñigo estaba pálido cuando llegó a su casa. Su madre le preguntó, por señas, si se sentía bien, mientras hablaba por teléfono. El dijo que no con la cabeza. Doña María Luisa se encogió de hombros señalando el auricular, qué quieres que le haga, no puedo colgar ahora, e hizo unos círculos en el aire, con su dedo índice, que significaban: «Ahora no me interrumpas, estoy ocupada, luego te atiende». Algunas personas son así, nunca tienen tiempo para ocuparse de lo único que les importa.

Iñigo fue a la cocina. Qamar estaba preparando la cena.

—¿Y Abdul? —le preguntó.

—Está en casa, señorito —respondió la cocinera, secándose las manos en su mandil—. Mi madre ya se encuentra mejor.

—Tengo que hablar con él. Ahora mismo. No puedo esperar. Es muy importante —dijo Iñigo Salvatierra, mientras miraba con ojos llenos de angustia el jardín de su casa; la pista de tenis, con su red tensa, su arena roja y sus líneas de cal; los árboles majestuosos que crecían junto a la cerca; el rectángulo perfecto de la piscina; la inmaculada pradera de césped... Estaba haciéndose de noche muy deprisa y todo lo que antes era azul y verde empezó a ser negro. Tan negro y tan incomprensible.